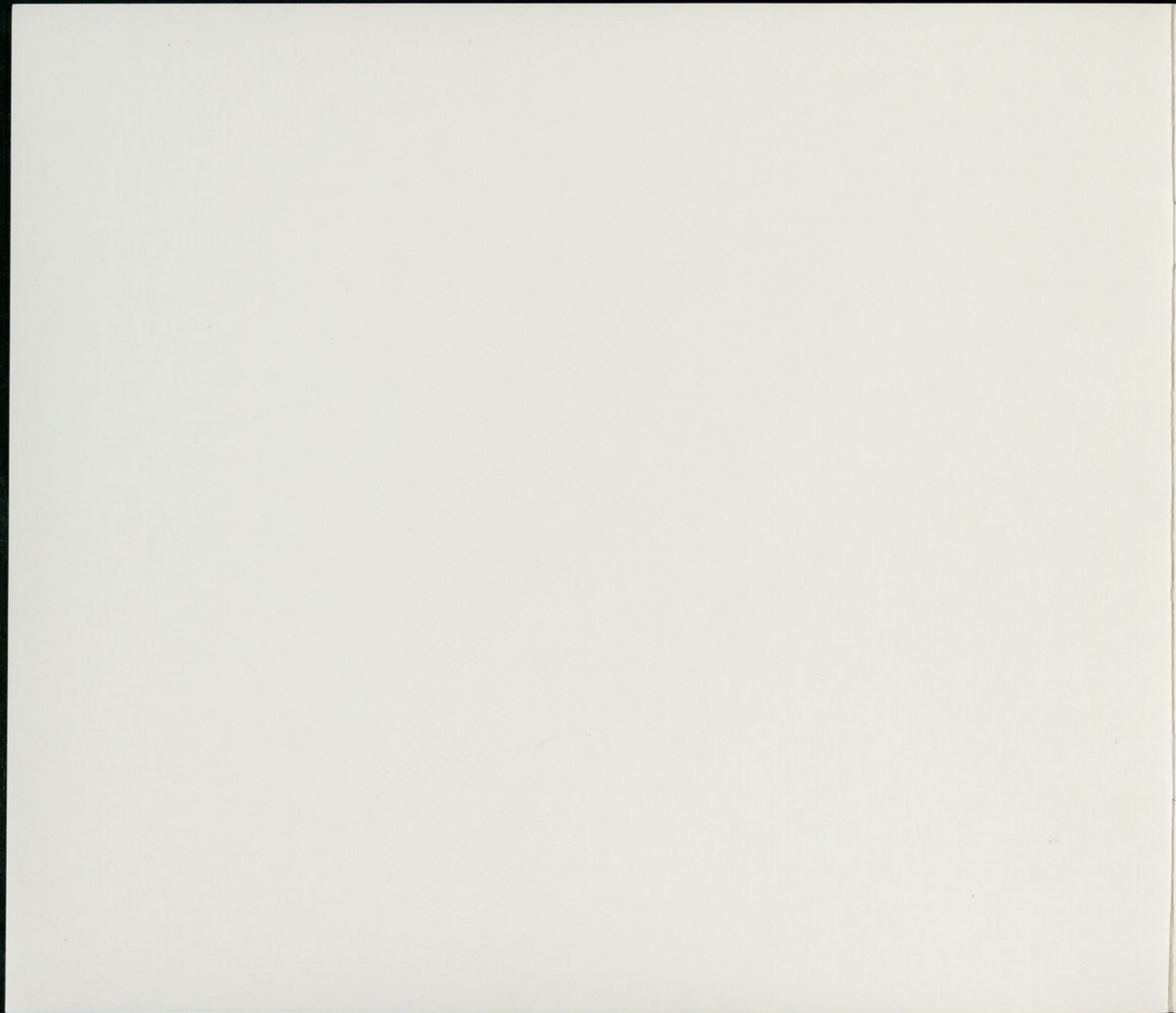


**Pregón
Semana Santa
Valladolid 2006**

C.139

17

Por Dom Clemente Serna González



C-139-17

fol-4057-1

ARCHIVO MUNICIPAL
BIBLIOTECA

Este es mi deber a quien me inspira
mi estado, en quien me complazco
Ha puesto sobre él mi esperanza

Pregón Semana Santa Valladolid 2006

El aboga la noche que se prolonga
El alma que se agita en el alma
La noche que se prolonga en el alma

Por Dom Clemente Serna González

Biblioteca del Archivo



1291804
C.139-17

R. 14033

ARCHIVO MUNICIPAL
BIBLIOTECA

Pregon Semana Santa Valladolid 2006

Por Don Clemente Serra González

Montaje y decoración: Leopoldo Adiego Sanz y Miguel Sánchez Rodríguez.
Edita: Excmo. Ayuntamiento de Valladolid y Junta de Cofradías de Semana Santa.
Fotografía: José María Pérez Concellón.
Compone e imprime: Imprenta Municipal.
Depósito Legal: VA-187/2006

*Este es mi siervo a quien sostengo;
mi elegido, en quien me complazco.
He puesto sobre él mi espíritu,
para que traiga la salvación
a las naciones.*

*No gritará, no alzaré la voz,
no voceará por las calles;
no romperá la caña cascada,
ni apagará la mecha que se extingue.*

*Proclamara fielmente la salvación del Señor
y no desfallecerá ni desmayará
hasta implantarla en la tierra.*

Los pueblos lejanos anhelan su enseñanza.

(Is 42, 1-4).

Excelentísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo. Excelentísimo Señor Alcalde. Excelentísimas Autoridades. Señor Presidente de la Junta de Cofradías de Semana Santa. Cofrades, fieles, vecinos y admiradores de esta gran Ciudad que es Valladolid, famosa, entre otras muchas realidades, por su tan conocida y celebrada Semana Santa.

Me he tomado la libertad de comenzar de un modo aparentemente abrupto, con la evidente intención de situarnos, ya desde el principio, en lo que es el núcleo de la realidad que hoy juntos queremos pregonar, proclamar, encomiar y considerar. Una realidad bien conocida por todos vosotros, no en vano nos encontramos a las puertas de la Semana Santa. Es la gran Semana Santa en la que toda la Ciudad se vuelca. Una Semana Santa conocida y valorada dentro y fuera de nuestras fronteras. Semana que vosotros sabéis y queréis vivir con tanta intensidad como sobriedad; donde las manifestaciones externas se dan la mano con una fuerte vivencia espiritual. No en vano se trata de la madre y fuente del Misterio cristiano por antonomasia.

Este es el motivo que hoy nos congrega en esta grandiosa e imponente Catedral. Queremos motivarnos y prepararnos lo más dignamente posible, para vivenciar en lo más genuino de nosotros mismos la Pasión, Muerte y Resurrección de nuestro Señor Jesucristo. El tiempo cuaresmal en el que nos encontramos nos invita a ello. Exhortación que acogemos con interés y hasta, me atrevo a decir, con pasión, pues una fuerte voz interior nos apremia a vivir hasta sus últimas consecuencias el gran Misterio Pascual, fuente inagotable de nuestra vida en Cristo. Por eso mismo, importa mucho contar con óptimas disposiciones, para recibir abundantes gracias y saber así dar también lo mejor de nosotros mismos. Es evidente que hoy no está de moda ser cristiano. Lo cual es un motivo más para mostrar, sin rubor, pero con fuerza y energía, con una sana alegría también, nuestra condición de seguidores incondicionales de Cristo. Por supuesto, los cristianos no queremos pecar de autosuficiencia, pero tampoco hemos de caer en un complejo de inferioridad. Nos basta con ser discípulos de Jesús, que es la Sabiduría de Dios encarnada.

Una voz monástica

En esta ocasión habéis querido que sea un monje el comisionado para pregonar vuestra Semana Santa, ¡La gran Semana Santa de Valladolid! Muchas gracias, también en nombre de mi comunidad de Silos, por este gran honor, que en mi se hace responsabilidad. Recuerdo aun con emoción cuando, hace algo más de una década, tuve la dicha de proclamar el Sermón de las Siete Palabras. Tales gestos de confianza son para mi una razón más de estima y

bienquerencia; que hago, naturalmente, impetración y oración por vuestras intenciones, esperanzas y necesidades espirituales. Con todo, reconozco humildemente que soy el primer beneficiado con vuestra presencia, la cual me motiva, a la hora de meditar y profundizar en el gran misterio pascual, que es fuente inagotable de vida cristiana. Misterio del que todos estamos llamados a sacar la fuerza necesaria para transmitir más y mejores valores imprescindibles, como son el amor y el perdón, la paz y el gozo. Toda nuestra misma vida cristiana ha de convertirse en una epifanía de la presencia de Dios en medio de nosotros.

Como bien sabéis, el objetivo esencial del monje se centra en buscar continua y verdaderamente el rostro de Dios (cf. RB 58, 7). Por eso hace suya la exclamación del salmista: *Me dice el corazón: 'Busca su rostro'. Sí, tu rostro, Señor, es lo que busco; no me ocultes tu rostro* (Sal 27, 8-9). Para ello se necesita hacer gozosa y generosa opción radical por el Reino de Dios, la cual se manifiesta en *nada absolutamente anteponer al amor de Cristo* (RB 4, 21; 72, 11). A partir de aquí compartimos las alegrías y los sufrimientos de toda la humanidad, poniendo en práctica el consejo del Apóstol: *Alegraos con los que se alegran; llorad con los que lloran* (Rom 12, 15).

Mi condición de monje me lleva como naturalmente a dirigiros palabras más relacionadas con el contenido del misterio pascual, que sobre las manifestaciones, procesiones y otros actos propios de estos días, actos ciertamente apropiados, llenos de unción e indudable elocuencia. Vosotros conocéis mucho mejor que yo el desarrollo y contenido de la gran Semana Santa Vallisoletana.

Como en este apartado nada nuevo al respecto podría decirles, os invito a introducirnos de lleno en el núcleo fuerte de estos días santos, en el insondable y gran misterio de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Celebración que nos invita a experimentar, saborear y paladear sin limitaciones la gracia de nuestra propia redención. Redención, que estamos llamados a mantenerla viva y fresca a lo largo y ancho de toda nuestra vida terrena, pues cada día, dada nuestra condición de discípulos del Crucificado, tenemos la dicha de acoger una gracia infinita. Siempre será poco el tiempo que dediquemos a esta hermosa tarea, la cual nos permite penetrar en el meollo mismo de nuestra fe cristiana, tal y como la contemplamos afirmada y confirmada en la persona real de Cristo Jesús, nuestro Salvador y Redentor.

El misterio pascual, es misterio de muerte, a la par que de resurrección. Insisto en que su celebración no puede dejarnos indiferentes. Tiene el cometido de penetrar hasta lo más íntimo y genuino de nosotros, de catapultarnos con fuerza irresistible a llevar una vida cristiana auténtica. Una vida, por lo tanto, rebosante de verdad, radiante de luz y generosa en gracia. Este misterio nos habla con elocuencia insuperable del infinito amor que Dios nos tiene, hasta el punto de entregar a su propio Hijo, Alfa y Omega de toda la creación, por lo que estamos ya alojados en la vida misma de Dios ¿Podemos desear algo más grande, más bello y más atractivo? No por cierto. Aunque sí debemos aspirar a que esta dicha la puedan también disfrutar todos nuestros hermanos y todas nuestras hermanas del mundo entero.

Cofradías y sus Pasos

Aspiremos, por lo tanto, a vivir tan sagrado como vital misterio. Dejemos espacio para que nuestros corazones palpiten libremente contemplando los Pasos de Semana Santa, con sobrecogedoras escenas de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo. Empleemos a fondo nuestras mentes a fin de que todo lo que hagamos, vivamos y sintamos, esté en sintonía con el incomparable e inefable Misterio que conmemoramos. Aquí nos vamos a encontrar con las numerosas, entusiastas y muy fervorosas Cofradías y Hermandades vallisoletanas, que promueven y animan estos días santos con procesiones penitenciales que impresionan, admiran y edifican. Procesiones que nos apremian también a implicarnos personalmente en tan sacrosanto misterio, como es el de la Pasión y Muerte del Señor. Arropados por los hermanos cofrades, desfilan ante nosotros los Pasos, esas magníficas esculturas de increíble factura y de una elocuencia contundente. Son el fruto maduro de los grandes maestros imagineros, con capacidad para conjugar magistralmente su oficio con una fe convincente. Imágenes y grupos escultóricos que nos tocan - ¡y de qué forma! – en lo más auténtico de nuestros sentidos y de nuestro corazón.

El Servidor

El texto del profeta, que acabamos de escuchar a modo de apertura, ya nos permite descubrir el magnífico y arrebatador retrato del Servidor de Yahvé. Es una imagen tan elocuente, que la tradición cristiana vio en ella el retrato ideal del Hijo de Dios,

vestido de servidor, cubierto con su manto de humildad, de entrega generosa y de obediencia total al Dios Padre. Y es que el Verbo eterno de Dios, la palabra que todo lo crea, no duda en hacerse esclavo por amor. Por nosotros y por nuestra salvación entrega su propia vida. Lo cual se materializa en sufrimiento, pasión y muerte. En los días de su vida terrena, Jesús se conforma enteramente con la voluntad de su Padre del cielo. Por eso asegura con aplomo: *Mi sustento es hacer la voluntad del que me ha enviado, hasta llevar a cabo su obra de salvación* (Jn 4, 34). Algo en lo que se reafirma todas las veces que hace falta: *Yo no puedo hacer nada por mi cuenta. Juzgo según lo que Dios me dice, y mi juicio es justo, porque no pretendo actuar según mi voluntad, sino que cumplo la voluntad de Aquel que me ha enviado* (Jn 5, 30). Lo que reitera, por si nos quedara alguna duda: *Yo he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado* (Jn 6, 38). Todo un mensaje para quienes somos aficionados a mantener a toda costa nuestros puntos de vista.

¿Cuántos estamos dispuestos a actuar hoy de ese modo? Actualmente asistimos a una especie de tiranía de la libertad. Arroados por este imprescindible valor, nos permitimos negar el pan y la sal a los demás, cuando debemos saber respetar el punto de vista de los otros y estimarlos por su dignidad de seres humanos, de personas como nosotros. La libertad es un valor, repito, auténtico e imprescindible. Pero también un valor que lo podemos manipular y utilizar para fines bastardos e impropios del ser humano. Por eso, bajo el título de libertad no debe agazaparse la tiranía o la irresponsabilidad, llegando a justificar formas

subliminales de auténticas esclavitudes. Esto ocurre cuando identificamos la libertad con hacer lo que nos apetece. Es necesario saber gestionar esa libertad, como cualquier otro valor, con responsabilidades individuales y colectivas. Hay que hacerlo en consonancia con una serie de coordenadas y en un contexto determinado, tal y como lo exige la dignidad del individuo y el bien de la sociedad. Por eso mismo, hemos de preguntarnos abiertamente: ¿A quién o a qué damos hoy la primacía? ¿A la voluntad divina o a nuestra propia voluntad? Lograr conjugar ambas es el ideal.

Los cuatro poemas del Siervo de Yahvé, que podemos leer y meditar en el profeta Isaías (cf. Is 42, 1-7; 49, 1-7; 50, 4-9; 52, 13-15 y 53, 1-12), nos brindan un auténtico tesoro en el que podemos profundizar para comprender mejor el sentido auténtico de la Semana Santa. Ponen admirablemente de relieve el drama vivido por Jesucristo en los días de su Pasión. Junto a los textos evangélicos que nos hablan directamente de ella, nos invitan a entrar de lleno en este gran misterio, capaz de reavivar nuestra fe y dar sentido pleno a nuestro vivir y hacer. Nos ayudan a tener una mayor sensibilidad espiritual y a desarrollar el amor desbordante que Dios nos tiene y que de modo tan convincente palpamos en Jesucristo. En este amor de predilección quiere el Señor envolvernos con el fin de alcanzar nuestra auténtica realización. Amor que aun hoy son muchos los que no saben o no quieren saborearlo. Aunque este hecho no aparezca en los medios de comunicación, nos encontramos aquí ante uno de los mayores dramas que padece nuestra sociedad. Veamos, ¿Acaso es posible

correr sin tener delante el camino? ¿Cómo podremos ver a lo lejos si tenemos empañada la verdad? ¿Podrá respirar uno que carece de vida? (cf. Jn 14, 6). *Los que por egoísmo rechazaron la verdad y se abrazaron a la injusticia, tendrán un castigo implacable* (Rom 2, 8).

En su misma cerrazón tienen ya su castigo. Ir en contra de la voluntad de Dios es ya su propio castigo: Por lo tanto, la celebración cristiana de la Muerte de Jesús está llamada a ser la espoleta que quiebre todas nuestras debilidades humanas; todas nuestras resistencias egoístas, para franquearnos de par en par las puertas que nos introducen en las realidades sobrenaturales. Realidades propias de seres inteligentes, llamados a vivir en una armonía capaz de permitirnos entrar dentro de nosotros mismos y discernir libremente aquellos valores que nos hacen personas.

Muerte y vida

Seguimos preguntándonos: ¿Acaso hay algo más cruel, desolador, horrible e inhumano, que condenar al Justo? ¿Cómo es posible entender razonablemente la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo, siendo como es el Hijo de Dios vivo que se ha encarnado? Tan insondable resulta este misterio, tan estremecedor este acontecimiento, que nos parece estar ante algo que es imposible, que es increíble si no fuera cierto. ¿En qué cerebro cabe que se condene a muerte al Señor de la vida? ¿Cómo es posible emitir una sentencia condenatoria para quien es el Juez de vivos y muertos? ¿Cómo clavar en la cruz al único Hombre que en esta tierra todo lo hizo bien? (cf. Mc 7, 37) ¿No es demencial dejar de amar al Amor? ¿Cómo se puede ser injusto con el Justo? ¿Cómo

consentir que muera el Justo al puesto del criminal? Son preguntas que exigen una respuesta por nuestra parte; nos mueven a tener un posicionamiento claro y leal. Tenemos que implicarnos real y valientemente en nuestro quehacer diario. De tales interrogantes surgen lógicamente otros, que se pueden concretar en éste: ¿Por qué ante tales situaciones, tantas veces permanecemos indiferentes, fríos y hasta desabridos, mientras contemplamos a Jesús que, libremente y porque nos ama, entrega su propia vida para que nosotros la tengamos en abundancia y para siempre?

Si la postura de Jesús nos parece poco creíble, Cristo mismo nos lo confirma de forma tajante: *Yo he venido para dar vida a los hombres y para que la tengan en plenitud* (Jn 10, 10). Ante tal generosidad y tal derroche de amor, comprobamos, sin embargo, una realidad: transcurridos más de dos mil años de estos hechos, - hechos, no lo olvidemos, que actualizamos cada vez que celebramos los Misterios de nuestra fe - ¿Cómo somos todavía frecuentemente indiferentes ante un gesto tal de amor divino? ¿Por qué motivo nos dice poco o nada el amor de Dios hacia nosotros, su cercanía, su amistad, su paciencia, su misma presencia eucarística? ¿Qué persona, no digo ya creyente, sino sencillamente sensata, puede todavía mantenerse insensible ante tanto amor, tanta entrega, tanta cercanía por parte de Jesucristo? Jesús, es de hecho para nosotros la fuente inagotable que puede llenarnos de vida, amor, paz y felicidad. Realidades que, por otro lado, todos deseamos.

Felicidad

Jesucristo, Dios de Dios y hombre perfecto, no duda en hacerse en todo como nosotros, excepto en el pecado, para sacarnos del

profundo abismo al que voluntariamente nos habíamos arrojado. Abismo, sin embargo, del que ya no podíamos salir con nuestras solas fuerzas. Por eso mismo, acoger a Jesús, descubrirle como nuestro Salvador, nos lleva inevitablemente a amarle por encima de todo. Es en Él donde hallamos la vida que perdura y la dicha que no defrauda. Por eso mismo, debemos y podemos afirmar que Jesús es el origen y la meta de nuestra vida en plenitud. A partir de aquí nos parecerá evidente el hecho de que *el amor de Cristo nos apremia al pensar que, si uno murió por todos, todos por tanto murieron. Y murió por todos para que ya no vivan para sí los que viven, sino para aquel que murió y resucitó por ellos* (2Cor 5, 14-15). Si esto es así, hemos de admitir abiertamente que hay personas en el mundo que creen que viven, pero están muertos. Lo cual ocurre siempre que prescindimos de Jesús, cuando eliminamos la realidad sobrenatural, o, lo que es lo mismo, la vida en Cristo y con Cristo. La diferencia entre ambas posibilidades, como fácilmente se puede entender, es abismal. De ahí la exhortación del Apóstol: *Sed, pues, imitadores de Dios, como hijos queridos, y vivid en el amor como Cristo os amó y se entregó por vosotros como "oblación y víctima de suave olor"* (Ef 5, 1-2; Gal 2, 20). Aquí es donde tenemos la llave que nos abre hacia la auténtica y perenne realización, hacia la eterna felicidad.

Identidad cristiana

Pablo, el Apóstol de los gentiles, que un tiempo persiguió a los cristianos, una vez que se cayó del caballo de la autosuficiencia y la prepotencia, se identificó admirablemente con el proyecto

divino de salvación. Se quedó paralizado, absorto, admirado y entusiasmado ante el gesto tan generoso que movió a Jesús a inmolarse por nosotros; a dar su vida para salvarnos. Así lo vive y así nos lo transmite: *La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros* (Rom 5, 8). A partir de aquí se entregará y se moverá sin parar para que cuantos tenemos la dicha de conocer a Jesús entremos en su órbita con el fin de buscar siempre y en todo la perfección, identificándonos más y más con Jesucristo. *Tened, nos dice, los mismos sentimientos que corresponden a quienes están unidos a Cristo Jesús* (Fil 2, 5). Habla de ese modo, no desde teorías más o menos acertadas, sino por propia experiencia. Interioriza y hace propio el hecho de que,

*Jesucristo, siendo de condición divina,
no consideró como presa codiciable
el ser igual a Dios.*

*Al contrario, se despojó de su grandeza,
tomó la condición de esclavo
y se hizo semejante a los hombres.*

*Y en su condición de hombre, se humilló a sí mismo
haciéndose obediente hasta la muerte,
y una muerte de cruz.*

(Fil 2, 6-8).

Importa mucho afirmar esta realidad. No basta con darnos por enterados. Para nuestro bien y nuestra propia realización es urgente convertirla en realidad. Se trata de que nada ni nadie nos arrebatte el gran tesoro de nuestra fe. De la fe auténtica, la que se

traduce diariamente en confianza plena y en certezas que robustecen y refuerzan los pilares de nuestro espíritu. De este modo, vivir y actuar desde nuestra condición cristiana, será una misma realidad. A partir de aquí será también posible gobernar y actuar desde una gran seguridad. La razón es evidente: *Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no perdonó ni a su propio Hijo, antes bien, lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con él graciosamente todas las cosas? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? "Dios es quien justifica. ¿Quién condenará?" ¿Acaso Cristo Jesús, el que murió; más aun, el que resucitó, el que está a la diestra de Dios, e intercede por nosotros? Y añade remachando el argumento: ¿Quién nos separará del amor de Cristo? En todo salimos vencedores gracias a aquel que nos amó (Rom 8, 31-35 y 37).*

Fuente de vida

A estas alturas de la Cuaresma nos encontramos ya, expectantes y animosos, ante la inminencia de las grandes Solemnidades Pascuales. Sabemos que la Pascua del Señor es la cima y culminación de todo el Año Litúrgico. Es la Fiesta de las fiestas, en la que todas las demás tienen su origen y su sentido. Porque, si Cristo no hubiera resucitado, vana sería nuestra fe. Os invito a participar con entusiasmo en esta Semana Santa y a comprometeros con valentía y entrega en todas vuestras actuaciones. Dejad correr vuestra imaginación, abrid vuestro corazón a los sentimientos más auténticos y genuinos. Pensad en la gracia desbordante de Cristo, sobre todo, en las solemnes celebraciones litúrgicas de vuestras parroquias. Es ahí donde hemos de actualizar mística y realmente los mismos hechos que

sucedieron en Palestina hace dos mil años. La importancia y sublimidad de este Misterio es tal, que somos personas realizadas sólo en la medida en la que vivimos esta dimensión sacramental. No cultivar nuestra vida sobrenatural, significaría mermar gravemente nuestra propia condición humana. Supondría no ser, ni vivir en plenitud.

Aquí podemos toparnos con un dilema: si para actuar hay que ser, y si nos falta algo esencial cuando nos desprendemos de dimensión sobrenatural, ¿Para qué estamos aquí? La experiencia nos inculca machaconamente que sólo somos en la medida en que vivimos en plenitud. Es decir, cuando colaboramos eficazmente en la realización plena del Reino de Dios. Una realidad que salta las fronteras del espacio y el tiempo. De este modo es como vamos a disponer de gran vitalidad y mucha voluntad para colaborar en la construcción y el progreso del amor y el perdón entre todos los seres humanos. Este es el único medio capaz de hacer posible la convivencia y la comunión entre todos. Por lo mismo, estaremos también en condiciones de ser artífices, desde la comprensión y la compasión, de fraternidad y comunión. Al mismo tiempo podremos dialogar abiertamente y descubrir con clarividencia lo que nos piden los signos de los tiempos. Todo, con la certeza de que formamos un solo cuerpo con capacidad de querer y poder vivir en armonía universal.

Vida desde la muerte

La Pasión de Jesucristo nos habla no sólo de dolor y sufrimiento, también nos pone la muerte delante. La muerte es una realidad

que asusta a mucha gente. Normalmente pasamos por ella como de puntillas; lo más discretamente posible. Siempre hay serias dificultades con ella. Tiene pocos amigos. La muerte supone una ruptura tan brutal, que estremece y acogota a muchas personas. Lo cual es comprensible, pues somos seres vivos y vocacionados para vivir siempre. Por eso cuesta aceptar la muerte. No nos extrañemos, pues también le costó aceptarla a Jesucristo, máxime cuando, en su caso, era injusta a todas luces. Jesucristo, triste y angustiado, oraba intensamente a su Padre Dios y le pedía: *Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa de amargura; pero no sea como yo quiero, sino como quieres tú* (Mt 26, 39). Al final, lleno de confianza, acepta el hecho tal y como llega: *Padre mío, si no es posible que pase sin que yo lo beba, hágase tu voluntad* (Mt 26, 42). Jesús nos da aquí una lección magistral, como todas sus lecciones. En esa etapa tan crucial, abandonar su vida de forma injusta, parece lógica su súplica al Padre Bueno. Además, es evidente que hemos nacido para vivir y para hacerlo en plenitud. Más aún, ante nosotros está la vida que es capaz de traspasar las fuertes barreras del tiempo para incrustarnos definitivamente en el mismo corazón de Dios. Por lo tanto, lo más lógico y sensato, es considerarla como el paso necesario para llegar a la plenitud de la vida sobrenatural.

Nunca hay motivo para azorarnos. Admitamos la realidad en su evidencia y pensemos que la verdadera muerte, la muerte cruel y facinerosa, consiste de hecho en dejarnos entrapar por el mal espiritual, por el pecado, negando la vida en Dios y vejando de una u otra forma al hermano. La experiencia nos enseña que nuestro vivir en el espacio y el tiempo lleva consigo movernos

dentro de un permanente suspense. Estamos pendientes de un hilo; hilo muy sutil, a pesar de que nuestro deseo natural nos mueve a buscar sólidas y firmes seguridades. En lo tocante a seguridades humanas nadie puede confirmarnos que nos proporcionen el resultado apetecido. Nuestra auténtica seguridad, la que nunca nos va a defraudar es Dios, fuente de vida sin ocaso. Cuando el salmista reflexiona sobre la levedad del tiempo, exclama:

*Como la flor del campo, así florece;
lo azota el viento y ya no existe,
ni el lugar en el que estuvo lo reconoce.*

(Sal 103, 15-16)

Aunque tenemos la seguridad que supera toda limitación, pues:

*El amor del Señor a sus fieles dura eternamente,
y su salvación alcanza a hijos y nietos
a todos los que guardan su alianza
y se acuerdan de cumplir sus mandamientos.*

(Sal 103, 17-18)

Lo importante es vivir con autenticidad. Todo depende de la jerarquía de valores que tenemos y ponemos por obra. De ahí la importancia de tener los ojos bien despiertos, los oídos atentos, y un corazón grande para cobijar al amor. En este gran asunto no es de avispadnos mirar para otro lado, querer ignorar nuestra propia realidad. Más aun, no es humano depositar toda nuestra confianza en situaciones, medios, o disposiciones que no pueden salvarnos.



El mismo deseo de vivir está llamado a convertirse en un poderoso aliciente para que no nos distraigan esos aparentes cantos de sirena, que nos alejan del objetivo principal y nos dejan amargura en el alma. Casi siempre son sutiles señuelos que nos distraen de lo esencial. Lo mismo ocurre a la hora de optar por uno u otro camino. Por supuesto, hay caminos que llevan a ninguna parte. Nos dejan una sensación de inanidad, de derrota, de languidez que eso lleva consigo. A la hora de la verdad, lo que en verdad cuentan son las realidades perennes, que nos ayudan a dar el salto cualitativo que nos permiten alcanzar las eternas:

*Señor, tu amor llega hasta el cielo,
hasta las nubes tu fidelidad,
tu justicia es como los más altos montes,
tu derecho, un abismo insondable.
Tú Señor, salvas a hombres y animales;
¡Oh Dios, qué inapreciable es tu amor!
Los hombres se acogen a la sombra de tus alas.
Se sacian de la abundancia de tu casa.
Les das a beber en el río de tus delicias;
porque en ti está la fuente viva,
y por tu luz vemos la luz.*

(Sal 36, 6-10)

Desde el momento en que anida en nosotros el deseo irresistible de vivir sin fin, deseo que por otro lado es perfectamente humano, lo razonable es hacer el esfuerzo necesario para enraizarnos paulatinamente y con firmeza en la realidad que ya somos, la que nos permite seguir siéndolo para siempre. En esta perspectiva nos encontramos de lleno con Jesús, el Siervo de Yahvé. ¿Por qué el

Señor de la Vida se entrega libremente a la muerte? La respuesta es tan sencilla en su enunciado, como inefable en su calado: por amor y sólo por amor. No nos cansaremos de repetirlo, con el fin de que se nos quede fuertemente gravado en el corazón. El gesto generoso de Jesús, responde al infinito amor que nos tiene. Su amor le empuja con fuerza irrefrenable a recuperarnos para Dios, a introducirnos en Dios amor. Por amor, sólo por amor, es posible entregarse libremente también a la muerte, incluso a una muerte de cruz. El amor auténtico no tiene límites.

Con la contundencia que le caracteriza cuando se trata de realidades esenciales, San Pablo afirma que en este mundo todo pasa, que, a excepción del amor de caridad, nada perdura (cf. 1Cor 13, 8). Tenemos aquí una excelente clave que nos permite vislumbrar por qué Jesús no rechaza la peor de las opciones que uno puede llevar a cabo, como es la de recorrer esa senda ignominiosa, abominable y horrible, cuya culminación no es otra que la muerte en el suplicio de la cruz. Jesucristo va hacia ella libremente, aun cuando, por ser Hijo de Dios choca frontalmente con todo lo que es negativo, como sucede cuando se trata de la cruz o de la misma muerte. El hecho es de tal transcendencia que, por un lado, nos quedamos aturdidos, hasta el punto de no lograr comprender la hondura y el calado de una tal opción, lo que, por lo mismo, produce una lógica admiración, a la par que la acción de gracias surge a borbotones.

Ante tales hechos, Jesucristo nos da una respuesta tan elemental como sublime: *Para los hombres es imposible, pero no para Dios, porque para Dios todo es posible* (Mc 10, 27). En Dios, hasta la

mayor utopía se hace realidad. De este modo podemos concluir que el amor auténtico, el amor que brota de Dios amor, desconoce límites y fronteras. Es tal, que vence incluso a la misma muerte. Recordemos cómo el amor es la esencia misma de Dios. Amor que en Jesucristo se manifiesta maravillosa e increíblemente cuando recorre el terrible camino hacia la cruz. Este camino lo contemplamos plagado de odios, rencores, maledicencias, blasfemias, brutalidades, agresiones, improperios, hirientes desafíos, hasta desembocar en una espantosa muerte en cruz, donde no falta ni siquiera la lanzada en el costado. Como si toda la hez del mundo se hubiera conjurado en contra del Redentor. Sin embargo, y aquí está lo grandioso, gracias a ese duro recorrido por un camino tan inmundo, que Jesús acepta en aras de un amor inquebrantable por nosotros, porque nos ama en verdad, nos abre de par en par su corazón para poder de ese modo cambiar de registro y orientarnos hacia las sublimes metas de la santidad. Desde su pasión y muerte Jesús puede afirmar triunfalmente: *He aquí que todo lo hago nuevo* (Ap 21, 5). Lo encontramos precisamente en el libro del Apocalipsis. Libro bíblico, bastante desconocido por muchos, aunque imprescindible como guía para los tiempos que nos tocan vivir.

¿Hay algo mejor que contar con fuertes lazos de amor con nuestro Señor Jesucristo? ¿No vale la pena mantenernos disponibles y ser generosos a la hora de colaborar activamente en el plan divino de salvación? Es una gran dicha, que nos llena de satisfacción, convertirnos en mensajeros de la Buena Nueva. Es indudable que, como seres sensibles que somos, nos duele cuando no somos

valorados, considerados o aplaudidos. También nos cuesta sufrir, experimentar nuestra propia debilidad, así como sentirnos poca cosa. No obstante, lo que cuenta no son precisamente las apariencias, ni las alabanzas, sino la realidad, la confianza depositada en Dios, saboreando el amor divino con el que nos arroja. Aquí entramos en las realidades inefables, capaces de transformarnos, en la medida en que entramos en la órbita de la lógica divina, en las mismas actitudes de nuestro Salvador y Redentor Jesucristo, por lo que podemos decir que la muerte ya va de vencida, que el pecado ha sido derrotado, mientras la vida y la gracia brotan a raudales del costado abierto de Jesucristo, que ha resucitado verdaderamente y en quien ya estamos salvados.

Aunque el misterio de la Resurrección de Cristo pone patas arriba la lógica humana, hemos de admitir lo mucho que nos cuesta asumir la "lógica divina". ¡Tan mediatizados nos encontramos! A pesar de tantos siglos de vida cristiana, seguimos encontrando enormes dificultades a la hora de aceptar y actuar según la lógica divina. Ojalá asumiéramos una vez por todas este principio del Apóstol: *Lo que en Dios parece locura, es más sabio que los hombres; y lo que en Dios parece debilidad, es más fuerte que los hombres* (1Cor 1, 25). Para ello no hay otro camino que imbuirnos profundamente de los secretos que encontramos en la cruz de Cristo. También urge afinar nuestro corazón al ritmo del amor incondicional de Dios. De este modo aprenderemos a mirarlo todo con los ojos del alma y a oír con los oídos del corazón. Casi siempre es aquí donde libramos las grandes batallas de la fe y los

fuertes combates, donde nuestros abanderados son la voluntad divina y el amor sin limitaciones.

En el drama de Semana Santa asistimos al impresionante cortejo en el que participan, entre otros, el dolor, el desconsuelo, las lágrimas y las soledades. Es tan terrible que en ocasiones hace que se arrugue incluso hasta el corazón más valiente, que se hiele la sangre más enérgica, que se pierda incluso la esperanza de que el ser humano sea un día capaz de lograr la reconciliación universal, la tan anhelada comunión de credos y culturas, de ideologías y colores, de lenguas y valores. A pesar de todo, no podemos desesperar, desde el momento en que, afortunadamente para todos nosotros, la historia de Jesús no termina en la cruz, no se acaba en el sepulcro, pues al tercer día se abre la tumba y alcanzamos la novedad de vida, cargada de luz, gozo y eternidad resplandecientes.

Compromiso personal

Si año tras año los Pasos de Semana Santa salen y recorren las distintas calles de esta afortunada Ciudad, con sus cofrades en vanguardia, es porque, de tan increíble desgarró, de tanta bajeza como la humanidad ha empleado en la Pasión de Jesús, el autor de la creación ha vencido también al mal y a la muerte. Observamos rebosantes de esperanza cómo, cual planta bien sembrada y regada, brota una vida nueva, la vida que desconoce el ocaso, que nos aporta una felicidad capaz de embargar de agradecimiento nuestros corazones; de colmarnos de confianza, de gozo y de una eterna acción de gracias. Por eso mismo, mujeres y hombres que

teneis la dicha de participar y asistir a las celebraciones y procesiones de Semana Santa, entrad en vuestro interior, haced sitio en vuestra vida a lo más auténtico y genuino de vosotros mismos e interrogaos sobre cómo, por qué y para qué vivís.

Es necesario descubrir en qué cimientos se asientan nuestros deseos más genuinos, nuestras esperanzas más auténticas y nuestros proyectos, llamados a ser de tan largo alcance, que sean capaces de saltar los mismos límites de lo creado. Debemos interpelarnos, con tanta clarividencia como transparencia, por qué el Señor de la vida sufre hasta el extremo. Cuál es la causa de que el único hombre perfecto sea condenado a morir de la manera más injusta y vergonzante que imaginar podemos. ¿Cómo reaccionan nuestros sentidos y todo nuestro ser ante tamaña barbarie? Importa, y mucho, comprobar si, con la celebración de la Semana Santa, descubrimos en nosotros que hemos dado un cambio fuerte en nuestra mente y nuestro corazón, que hay un antes y un después de esta celebración; o si, por el contrario, "todo sigue igual".

En la medida en que queremos ser auténticos y nobles con nosotros mismos, vamos a contar también con el valor de sincerarnos, de abrirnos sin tapujos a nuestros más profundos deseos, de profundizar en nuestras dudas existenciales e ir a la búsqueda de respuestas convincentes, al encuentro de esperanzas genuinas. No basta con participar sin más en los actos previstos para la Semana Santa. Es imprescindible adquirir un compromiso serio, firme y activo. Sería triste quedarnos en la corteza y no llegar hasta el corazón. La Semana Santa bien vivida está llamada

a dejar una huella indeleble en nuestras almas, en nuestro comportamiento, en nuestro ser y nuestro actuar. Más concretamente, la Semana Santa de Valladolid no sólo es importante porque tiene el rango de ser de "Interés Internacional". Está bien, es un signo positivo; pone de relieve el aprecio y estima hacia vuestros valores humanos y artísticos. Pero no es suficiente. También importa, y mucho, tomar conciencia nítida y firme de que celebramos la Muerte de Cristo y que los frutos que de ella brotan no podemos dejar que se marchiten. Todo lo contrario, deben germinar, nacer, crecer y dar fruto en todos y cada uno de nosotros; también en la entera humanidad, tan necesitada precisamente de lo primordial, de humanidad incluso, a la par que de comprensión, colaboración, reconciliación, fraternidad, comunión de bienes; sin olvidar, naturalmente, la santidad.

En camino

El ser humano es un caminante por naturaleza. Se mueve, anda, piensa, actúa, ama. Ahora bien, su verdadera estatura depende mucho de cómo utiliza sus propias dotes. Cuáles son sus metas, sus aspiraciones, sus deseos, sus voluntades. Como cristianos, como cristianas, el camino a recorrer nos es conocido, o, deberíamos conocerlo. Recordad la escena de la Última Cena. Se desarrolla en un dulce y expectante clima de intimidad, cercanía, confianza; aunque asoma al mismo tiempo un ronroneo de cierta inquietud. En el horizonte se perfilan los primeros indicios de una posible tormenta, que podría descargar con fiereza en cualquier momento.

Jesús se pone a lavar los pies a sus discípulos; un gesto de divina elocuencia. La lección que da a sus discípulos es magistral. ¿Acaso muchos de nosotros aun no la sabemos? Sería una lástima, pues es fundamental para todo cristiano que se precie de serlo. Modifica drásticamente todo cuanto se refiere a preeminencias y valores. Son los preliminares para anunciar a renglón seguido que ha llegado el momento de marcharse. Por eso mismo quiere comunicar a sus discípulos que ellos también conocen el camino que les conduce a donde Él está (cf. Jn 13, 36).

Los apóstoles se quedan tan perplejos, que uno de ellos le hace notar que ni saben a dónde va, ni tampoco conocen el camino. La respuesta de Jesús es firme y contundente: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (Jn 14, 6). Nos está así diciendo que conocer a Jesús significa hacer la voluntad de Dios. Con ello desaparecen las dudas sobre el camino que tiene que recorrer. ¿Quizá Jesús, como lo hizo con sus apóstoles, no nos está reprochando también a nosotros porque seguimos siendo tan torpes y duros de corazón? Por eso les reprocha con dolor: *¿Llevo tanto tiempo con vosotros, ¿y aun no me conocéis?* (Jn 14, 9).

Las bellas y elocuentes procesiones de Semana Santa no cumplirían con su cometido real, si se quedan en la corteza. Es fundamental que profundicemos y descubramos su gran misión, la cual consiste en brindarnos a todos una auténtica, íntima y vital manifestación de fe. Fe sincera, nítida, clara, firme, y también atrevida. Viviendo lo que se hace y se evidencia externamente con coherencia y compromiso: Lo cual requiere mucho valor, esfuerzo y convencimiento, valentía, ánimo y convencimiento.

Las celebraciones litúrgicas deben igualmente poner de manifiesto lo que son en verdad: sacramento del gran misterio de la muerte y resurrección de Jesús, del Verbo de Dios encarnado. Sacramento que realiza lo que significa. Misterio que es fuente y cúlmen de nuestra fe. Pero, ¿Creemos lo que celebramos? ¿Vivimos aquello que afirmamos creer? En la respuesta que cada uno nos demos, sabremos en qué nos jugamos nuestra propia identidad. Pues, *Si nuestra esperanza en Cristo no va más allá de esta vida, somos los más miserables de todos los hombres. Pero no. Cristo ha resucitado de entre los muertos, como anticipo de quienes duermen el sueño de la muerte. Porque lo mismo que por un hombre vino la muerte, también por un hombre ha venido la resurrección de los muertos. Y como por su unión con Adán todos los hombres mueren, así también por su unión con Cristo, todos retornarán a la vida (1Cor 19-21).* Cuando nos movemos dentro de tales parámetros y principios, es evidente que el colmo de la ignorancia consiste en ignorar a Dios, en desconocer su infinito amor. Por eso mismo, es signo de sabiduría estar en comunión con Dios, caminar por las sendas de la verdad, la justicia y la santidad.

En dirección hacia Jerusalén caminaban Jesús y sus discípulos. El Maestro aprovecha la ocasión para hablarles de algo que no les apetecía escuchar, de su Pasión y su Muerte concretamente. Esto quiere decir que no hacía un camino normal. Subían hacia la Ciudad Santa y Jesús les precedía; les iba abriendo el camino no sólo terreno, sino el que lleva a la cruz y, desde ahí, a la resurrección, a la vida gozosa y eterna. De ese modo quería introducirlos en el gran misterio de su muerte.

Lo mismo hace hoy con nosotros. Con Jesús como guía, podríamos pensar que es imposible perderse. Sin embargo, puede suceder que nosotros sigamos apegados a nuestros propios proyectos, a nuestras propias cosillas, por lo que desconectamos en lo referente al plan divino de salvación. El evangelista nos dice que en un momento dado los discípulos llegaron a tener miedo. Conste que no es la única vez que estos hombres tienen miedo. ¿Miedo a qué? ¿Miedo por qué? ¿Miedo a quién? El miedo es un estado de ánimo que fácilmente se infiltra en nosotros, hasta llegar a engullirnos si no superamos su influjo. Nos hace tan frágiles e indefensos, hasta el punto de incapacitarnos para reaccionar positivamente. El miedo recorta drásticamente los horizontes, nubla la mente y paraliza los miembros. La prudencia es buena, el miedo en cambio es un mal compañero de viaje, nos encoge y arruga, nos atenaza, nos roba la libertad. Puede incluso imposibilitarnos a la hora de defendernos de nuestros propios fantasmas.

¡Cuántos cristianos y cristianas, por miedo, no se atreven a manifestar públicamente su fe, a dar lo mejor de sí mismos! Cuando estamos plenamente convencidos de que Jesús nos va abriendo el camino, que nos retira los obstáculos de todo tipo y nos da la fuerza y confianza que necesitamos, no podemos más que estar rebosantes de gozo. Y debemos ponerlo en evidencia. Como a los apóstoles, Jesús también nos instruye y alecciona sobre lo que significa seguirle. Este seguimiento no se reduce a ir por el camino normal que lleva de Cesarea a Jerusalén. Ir en pos de Jesús nos exige ante todo el desapego de nuestros propios juicios, de aquello que chirría con la norma evangélica del amor y del perdón, del

juicio y de la exclusión; del propio egoísmo sobre todo. Al mismo tiempo estamos llamados a esforzarnos y tener mucho valor, así como entereza, firmeza y coraje. La experiencia enseña que seguir a Jesús no es fácil, máxime cuando en la perspectiva divisamos la cruz. Sin embargo, el discípulo de Jesús está llamado a cargar cada día con la cruz, lo cual no es humanamente agradable. El sufrimiento de uno u otro tipo siempre va a estar ahí. Todo es cuestión de cómo lo sepamos gestionar, dándole un contenido humano y espiritual. ¡Aquí está el secreto! Se trata de dar una respuesta valiente, a partir de un vigoroso sentido de nuestra Redención, tal y como nos lo demuestra Jesús con su ejemplo. Sufrir por sufrir no tiene ningún sentido. No es cristiano. En cambio es muy valioso sufrir por amor, sufrir con y por los que sufren, es la gran epifanía del amor.

Seguir a Jesús significa renunciar a los propios deseos, máxime si no cuadran con la dignidad humana y la opción cristiana. Es importante asumir la realidad tal y como se presenta, pero sin jamás dejarnos llevar por el fatalismo o porque "no queda más remedio". En Jesús tenemos el ejemplo de uno que no quiere sufrir por sufrir o padecer por padecer. Sin embargo, acoge sencilla y maravillosamente el mayor sufrimiento imaginable y lo hace solamente por amor, porque ama al Padre y a todas sus criaturas. El amor es el que le empuja hasta el extremo, hasta entregar su propia vida por nosotros. Así podemos comprender la respuesta que da a Santiago y Juan cuando le piden puestos de honor, respuesta que es también hoy válida para nosotros: *¿Podéis beber la copa que yo voy a beber, o ser bautizados con el bautismo con el que yo*

voy a ser bautizado? (Mc 10, 38). ¿Qué respuesta podemos dar nosotros?

Vigilancia

En el Huerto de Getsemaní llama la atención el sueño que invade a los apóstoles. Esto nos permite comprobar hasta qué punto puede calar en el ser humano la dureza de corazón, la dureza que, en ocasiones, nos indica cuál es la postura que tomamos ante Jesús. El rechazo de Jesús parte de una falta de reconocimiento del auténtico rostro de Cristo. Ante el dolor y el sufrimiento de Jesús en el huerto durante su larga y terrible agonía, se pone en evidencia la pétrea dureza que podemos tener, incluso quienes nos consideramos involucrados en el ideal evangélico. La esclerosis del corazón se manifiesta en una especie de somnolencia que impide captar la realidad tal y como es. Pedro, muy despierto poco antes, hasta el punto de actuar como un valiente soldado dispuesto al combate, luego se diluye, amparado en la somnolencia de una noche cargada de sobresaltos y peligros. De ese modo descubrimos cómo sólo es capaz de permanecer en vela ante un Mesías que despierta esperanzas humanas y ambiciones de honor y poder. El canto de un gallo se va a encargar de sacarle de un sopor ridículo e inútil. Por eso mismo, a causa de la dureza de su corazón, concluye su hazaña llorando toda su vida.

Contemplar el verdadero rostro de Jesús agonizando, cargando sobre sí el mal y el pecado del mundo, también nos permite descubrir hasta dónde es capaz de llegar el amor. Nos muestra con su ejemplo la necesidad de mantenernos vigilantes, asiendo

fuertemente las armas eficaces de la oración. Lo cual exige tener muy abiertos los ojos y los oídos del corazón. Ojos y oídos que siempre velan: *"Yo dormía, pero mi corazón velaba*, afirma la esposa del cantar de los Cantares (cf. Cant 5, 2). Aquí se asientan los firmes cimientos de la vida en el Espíritu. Vida que es capaz de superar los miedos y temores de la carne. Carne que, en su egoísmo, tiende con facilidad a replegarse sobre sí misma. Jesús sabe muy bien lo que es la flaqueza de la carne, por eso nos amonesta enérgicamente: *Vigilad y orad para no caer en la tentación, que el espíritu está dispuesto, pero la carne es flaca* (Mc 14, 38). Vigilancia y oración nos permiten fácilmente discernir sobre lo que es la vida auténtica en el Espíritu y aquello que se nos puede presentar incluso como tal, pero que termina demostrando que es todo lo contrario.

¿Creer en Cristo Jesús? Por supuesto. También cuando le contemplamos en la cruz y vestido con ultrajes, mofas, salivazos, improperios, desafíos y blasfemias. La cruz es su gloria, el sepulcro su victoria. Una realidad diametralmente opuesta a las que muchas veces nosotros hambreamos. La misma experiencia confirma cómo la vanidad, el glamour, los honores, los éxitos, el poder, la misma belleza corporal, son brillos efímeros con una muy cercana fecha de caducidad. Es, tristemente, una gloria efímera, vana. En cambio, la gloria de la Cruz, contemplada a la luz de la Resurrección, se agiganta siempre más y más, hasta incrustarse en la misma gloria divina. Es Dios mismo el que *pondrá su morada entre nosotros y seremos su pueblo y Él, Dios con nosotros, será nuestro Dios. Y enjugará toda lágrima de nuestros ojos, y no habrá ya*

muerte ni habrá llanto, ni gritos, ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado (Ap 21, 3-4).

Una vivencia íntima

Concluyamos brindando un canto a Dios, que nos ama con un corazón de madre perfecta:

*Dios es uno, y uno sólo es el mediador
entre Dios y los hombres,
el hombre Cristo Jesús,
que se entregó en rescate por todos:
este es el testimonio en el tiempo apropiado.
Cristo, manifestado en la carne,
justificado en el Espíritu,
contemplado por los ángeles,
predicando a los paganos,
creído en el mundo,
llevado a la gloria.
En tiempo oportuno
lo mostrará el bienaventurado
y único soberano,
Rey de reyes y Señor de los señores;*

ARCHIVO MUNICIPAL
BIBLIOTECA

el único poseedor de la inmortalidad,
que habita en una luz inaccesible,
a quien ningún hombre ha visto ni puede ver.
A Él honor e imperio eterno. Amén.

(1Tm 2, 5-6; 3, 16; 6, 15-16)

Muchas gracias.

Dom Clemente Serna González, O.S.B.
Abad de Santo Domingo de Silos

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
DEPARTMENT OF CHEMISTRY
520 EAST 58TH STREET
CHICAGO, ILLINOIS 60637

RECEIVED
MAY 15 1964

el alma poseedor de la universalidad,
que habita en una luz inextinguible,
y en los siglos hombre ha visto ya puede ser
la luz que a imperio eterno. Amén.

(I Tim 2, 3-6; A. 16-18, 19-20)

Para Clemente Santa Cecilia, O. S. B.
Abad de Santa Cecilia de Silos



